

opusdei.org

Santa Misa en la Basílica del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida (24 de julio de 2013)

Texto del Papa Francisco en su
viaje Apostólico a Río de Janeiro
(Brasil), con ocasión de la
XXVIII Jornada Mundial de la
Juventud (22-29 julio 2013)

23/07/2013

Señor Cardenal,

Venerados hermanos en el
episcopado y en el sacerdocio,

Queridos hermanos y hermanas

¡Qué alegría venir a la casa de la
Madre de todo brasileño, el
Santuario de Nuestra Señora de
Aparecida! Al día siguiente de mi
elección como Obispo de Roma fui a
la Basílica de Santa María la Mayor,
en Roma, con el fin de encomendar a
la Virgen mi ministerio. Hoy he
querido venir aquí para pedir a
María, nuestra Madre, el éxito de la
Jornada Mundial de la Juventud, y
poner a sus pies la vida del pueblo
latinoamericano.

Quisiera ante todo decirles una cosa.
En este santuario, donde hace seis
años se celebró la V Conferencia
General del Episcopado de América
Latina y el Caribe, ha ocurrido algo
muy hermoso, que he podido
constatar personalmente: ver cómo
los obispos —que trabajaban sobre el

tema del encuentro con Cristo, el discipulado y la misión— se sentían alentados, acompañados y en cierto sentido inspirados por los miles de peregrinos que acudían cada día a confiar su vida a la Virgen: aquella Conferencia ha sido un gran momento de Iglesia. Y, en efecto, puede decirse que el Documento de Aparecida nació precisamente de esta urdimbre entre el trabajo de los Pastores y la fe sencilla de los peregrinos, bajo la protección materna de María. La Iglesia, cuando busca a Cristo, llama siempre a la casa de la Madre y le pide: «Muéstranos a Jesús». De ella se aprende el verdadero discipulado. He aquí por qué la Iglesia va en misión siguiendo siempre la estela de María.

Hoy, en vista de la Jornada Mundial de la Juventud que me ha traído a Brasil, también yo vengo a llamar a la puerta de la casa de María —que

amó a Jesús y lo educó— para que nos ayude a todos nosotros, Pastores del Pueblo de Dios, padres y educadores, a transmitir a nuestros jóvenes los valores que los hagan artífices de una nación y de un mundo más justo, solidario y fraterno. Para ello, quisiera señalar tres sencillas actitudes, tres sencillas actitudes: mantener la esperanza, dejarse sorprender por Dios y vivir con alegría.

1. *Mantener la esperanza.* La Segunda Lectura de la Misa presenta una escena dramática: una mujer — figura de María y de la Iglesia— es perseguida por un dragón —el diablo— que quiere devorar a su hijo. Pero la escena no es de muerte sino de vida, porque Dios interviene y pone a salvo al niño (cf. Ap 12,13a-16.15-16a). Cuántas dificultades hay en la vida de cada uno, en nuestra gente, nuestras comunidades. Pero, por más grandes

que parezcan, Dios nunca deja que nos hundamos. Ante el desaliento que podría haber en la vida, en quien trabaja en la evangelización o en aquellos que se esfuerzan por vivir la fe como padres y madres de familia, quisiera decirles con fuerza: Tengan siempre en el corazón esta certeza: Dios camina a su lado, en ningún momento los abandona. Nunca perdamos la esperanza. Jamás la apaguemos en nuestro corazón. El «dragón», el mal, existe en nuestra historia, pero no es el más fuerte. El más fuerte es Dios, y Dios es nuestra esperanza. Es cierto que hoy en día, todos un poco, y también nuestros jóvenes, sienten la sugestión de tantos ídolos que se ponen en el lugar de Dios y parecen dar esperanza: el dinero, el éxito, el poder, el placer. Con frecuencia se abre camino en el corazón de muchos una sensación de soledad y vacío, y lleva a la búsqueda de compensaciones, de estos ídolos

pasajeros. Queridos hermanos y hermanas, seamos luces de esperanza. Tengamos una visión positiva de la realidad. Demos aliento a la generosidad que caracteriza a los jóvenes, ayudémoslos a ser protagonistas de la construcción de un mundo mejor: son un motor poderoso para la Iglesia y para la sociedad. Ellos no sólo necesitan cosas. Necesitan sobre todo que se les propongan esos valores inmateriales que son el corazón espiritual de un pueblo, la memoria de un pueblo. Casi los podemos leer en este santuario, que es parte de la memoria de Brasil: espiritualidad, generosidad, solidaridad, perseverancia, fraternidad, alegría; son valores que encuentran sus raíces más profundas en la fe cristiana.

2. La segunda actitud: *dejarse sorprender por Dios*. Quien es hombre, mujer de esperanza —la

gran esperanza que nos da la fe—
sabe que Dios actúa y nos sorprende
también en medio de las dificultades.
Y la historia de este santuario es un
ejemplo: tres pescadores, tras una
jornada baldía, sin lograr pesca en
las aguas del Río Parnaíba,
encuentran algo inesperado: una
imagen de Nuestra Señora de la
Concepción. ¿Quién podría haber
imaginado que el lugar de una pesca
infructuosa se convertiría en el lugar
donde todos los brasileños pueden
sentirse hijos de la misma Madre?
Dios nunca deja de sorprender, como
con el vino nuevo del Evangelio que
acabamos de escuchar. Dios guarda
lo mejor para nosotros. Pero pide
que nos dejemos sorprender por su
amor, que acojamos sus sorpresas.
Confiemos en Dios. Alejados de él, el
vino de la alegría, el vino de la
esperanza, se agota. Si nos
acercamos a él, si permanecemos con
él, lo que parece agua fría, lo que es
dificultad, lo que es pecado, se

transforma en vino nuevo de amistad con él.

3. La tercera actitud: *vivir con alegría*. Queridos amigos, si caminamos en la esperanza, dejándonos sorprender por el vino nuevo que nos ofrece Jesús, ya hay alegría en nuestro corazón y no podemos dejar de ser testigos de esta alegría. El cristiano es alegre, nunca triste. Dios nos acompaña. Tenemos una Madre que intercede siempre por la vida de sus hijos, por nosotros, como la reina Esther en la Primera Lectura (cf. *Est* 5,3). Jesús nos ha mostrado que el rostro de Dios es el de un Padre que nos ama. El pecado y la muerte han sido vencidos. El cristiano no puede ser pesimista. No tiene el aspecto de quien parece estar de luto perpetuo. Si estamos verdaderamente enamorados de Cristo y sentimos cuánto nos ama, nuestro corazón se «inflamará» de tanta alegría que contagiara a

cuantos viven a nuestro alrededor. Como decía Benedicto XVI, aquí, en este Santuario: «El discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro» (*Discurso Inaugural de la V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, Aparecida, 13 de mayo 2007: *Insegnamenti* III/1 [2007], p. 861).

Queridos amigos, hemos venido a llamar a la puerta de la casa de María. Ella nos ha abierto, nos ha hecho entrar y nos muestra a su Hijo. Ahora ella nos pide: «Hagan todo lo que él les diga» (*Jn* 2,5). Sí, Madre, nos comprometemos a hacer lo que Jesús nos diga. Y lo haremos con esperanza, confiados en las sorpresas de Dios y llenos de alegría. Que así sea.

© Copyright - Libreria Editrice
Vaticana

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
dev.opusdei.org/es-es/article/santa-
misa-en-la-basilica-del-santuario-de-
nuestra-senora-de-aparecida-24-de-
julio-de-2013/](https://dev.opusdei.org/es-es/article/santa-misa-en-la-basilica-del-santuario-de-nuestra-senora-de-aparecida-24-de-julio-de-2013/) (10/08/2025)